



ARTÍCULO PARA PADRES 91

Los niños no son grandes

Para reflexionar acerca de la realidad que les toca vivir a los niños

Muchos adultos se horrorizan cuando ven en los noticieros lo que ocurre con los niños en situaciones de guerra: los niños mueren como soldados o mártires, es decir, como si fueran adultos. Por supuesto, nuestros chicos no están en guerra, no corren esos “riesgos”, sin embargo, muchas veces los tratamos como mayores.

Decir que los niños no son grandes pareciera una verdad de Perogrullo y nadie se opondría a esta afirmación. Pero, pensemos en las innumerables situaciones en que, sin serlo, están puestos en la situación de adultos:

- Cada vez que sentados frente a la TV son atravesados por imágenes y temáticas que exceden su posibilidad de entender y asimilar.
- Cada vez que les llenamos su agenda con actividades no siempre elegidas según su deseo.
- Cada vez que hablamos o discutimos fuertemente cuestiones de pareja, ideológicas o económicas en su presencia.

Los niños son inteligentes pero no son adultos en miniatura. Entre las tantas diferencias que separan, el juego es la principal, es la esencia del mundo infantil. Y en ese escenario lúdico también los hemos invadido de distintas maneras.

¿De qué manera? En primer lugar, los juguetes son pensados y fabricados por adultos. Además, la publicidad y la TV funcionan como grandes vidrieras donde se muestra una abundante oferta a la que muchos niños jamás accederán y otros, pudiendo hacerlo, no lo disfrutan. Algunos pequeños se conectan muy superficialmente con los juguetes, pasan de uno a otro sin valorarlos, los sienten como perecederos y descartables. Frente a ello, no podemos eludir la responsabilidad que nos compete como adultos.

Cada día escuchamos a más padres quejarse y decir: “Tiene de todo y se aburre igual”, “No juega” o “No le faltan juguetes pero trae cosas de sus compañeritos de escuela”. Muchos padres están convencidos de que mientras más caro es el juguete, más obligados están a divertirse. No es así.

Todos hemos visto a niños de la calle, o que viven en extrema pobreza, o chicos hospitalizados, con los ojitos brillando de alegría por un juguete, aunque sea pequeño y barato, que les permita jugar. Es más a veces, ni siquiera es un juguete, pero sí algo que ellos significan como tal.

Lo que asegura el juego es la posición de niño. Si su vida es la de un adulto en miniatura, no jugará. Y entonces se los ve con caritas tristes, demostrando falta de motivación, como si fueran incapaces de disfrutar, o no tuvieran deseo, ilusión o fantasía.

Se trata, entonces, de no negar la condición infantil, de aceptar esa etapa de “fierecilla salvaje” por la que atraviesan los primeros cinco años de vida, de dotarlos de palabras, de



atravesarlos con la cultura, pero con los filtros necesarios que los protejan de nuestros resentimientos y desesperanzas.

Hoy asistimos a una generación de padres con facilidad para pasar de paternales a paternalistas, hiperocupados o desocupados. Padres ausentes, culpabilizados la mayoría, por lo cual, intentan llenar los vacíos con objetos que los chicos no desean, ni necesitan. O se justifican frente a los niños con razones que ellos no entienden. O cuando llegan a la adolescencia se posicionan como “piolas” y les dan una excesiva libertad que en definitiva los angustia.

Nada podemos hacer por los niños que mueren en una guerra que ocurre a muchos kilómetros de aquí pero sí por nuestros niños, hijos, nietos o alumnos, que gozan del derecho a la vida, para que no muera su condición infantil. Lo principal: respetarlos como seres únicos, con sus particulares tiempos, con su esencia infantil.

Adaptación del libro “La educación en escena”. Ed. Del Boulevard.
Liliana González.
Revista Pasitos. La revista para crecer en familia.